

9. 3ª FASE: EL DECLINIO DE LA PATRISTICA –DE 451 HASTA LA MITAD DEL SIGLO VIII

El período de casi 3 siglos, que va desde 461 a 750, es, sobre todo los aspectos y, especialmente para la literatura cristiana un largo período de notable decadencia.

Cuando el imperio romano de Occidente rugía, sí gloria, en el año 463, sobre los golpes de los bárbaros invasores, una decadencia irremediable ya se había expandido por toda parte e invadido todas las instituciones. El viejo mundo romano se desangra en todos los sentidos: político, social, religioso y moral. La mayor parte, o casi la totalidad de los bárbaros que caminaban en todas partes, por el imperio, listos para apoderarse de las ruinas, eran herejes, o idólatras, sin cultura.

No eran filósofos, ni teólogos, ni literatos, ni artistas. Eran fuertes, brutos e incultos. No hablaban latín y mucho menos griego, tampoco tenían cualquier consideración por las letras clásicas que, ni de lejos conocían. No tenían tradiciones, ni formación.

El disturbio, causado por las invasiones, fue generalizado. El viejo mundo había caído y el nuevo mundo aún no se había formado. Las escuelas habían sido arrasadas por el devastador torrente. Innumerables manuscritos, precioso legado de la antigüedad clásica, habían desaparecido para siempre, como si los nuevos tiempos fueran tales que no necesitaran libros.

Compañero de infortunio de la antigua literatura griega y romana, la literatura de la Iglesia, como no podía dejar de ser, entró también en una franca y acelerada decadencia, cuyas causas son numerosas y variadas.

Las causas de la decadencia ya eran de carácter general como:

- A) el notable malestar político;
- B) el nuevo entorno creado por el cambio, en casi todas las instituciones;
- C) la falta de escuelas y libros;

D) el nuevo camino trazado a la actividad de la Iglesia, que tuvo que volverse hacia los bárbaros, instruirlos, convertirlos y organizarlos, dejándolos trabajar solos para erigir, con toscas piedras, un nuevo edificio;

E) el menor número de hombres de valor, talentos y genios, que aparecieron en este período y quizás ya, gracias a los tiempos, su deficiente formación;

F) el número de temas importantes que daban mucha agitación, ya que se resolvieron en el período anterior, como las controversias trinitarias y cristológicas.

Es la Edad antigua que desaparece, con su organización, con su grandeza, con su gloria, porque la tuvo y grande, es la Edad Media que comienza con la preparación de un mundo nuevo, que la Iglesia realizará con sus papas, con sus obispos, con sus sacerdotes, con sus religiosos y por sus santos.

Un gran historiador, el padre João Baptista¹, hace una comparación entre los padres de la iglesia y los escritores, dice: “entre los Padres del siglo V y los Padres de los siglos VI, VII y VIII; eran más felices que los Padres del siglo V que solo ayudaron a morir bien a la sociedad antigua, ya los escritores de los siglos VI, VII y VIII contribuyeron, poderosamente, a la creación de nuevos pueblos. En adelante, los Padres de la Iglesia y los simples escritores eclesiásticos ya no serán mencionados, simplemente, como padres latinos o sacerdotes griegos, sino que, ligados al territorio al que pertenecen, se llamarán italianos, españoles, franceses, etc.”

Sin embargo, debemos señalar que decadencia no significa extinción. De hecho, en este período, en medio de las nubes negras acumuladas, todavía se irradia mucha luz. Los hombres valiosos son menos, pero aún quedan muchos méritos apreciables, que sólo se pueden llamar pequeños, porque ha habido otros mucho más grandes, que no son capaces de hombrar con un Basilio, un Crisóstomo, un Jerónimo, o un Agustino, son, como hombres de su tiempo, muy dignos del cariño de la historia y del agradecimiento de la Iglesia por lo que escribieron y por el trabajo que hicieron.

La literatura ascética, a la que los monjes dieron gran impulso, tiene dos representantes muy dignos, tanto por su conocimiento como por el prestigio de sus nombres y la santidad de sus vidas, S. Juan Clímaco y S. Gregorio Magno, quienes también cultivaron, con gran brillo, el género epistolar. Incluso hubo un género literario que, en este período, brilló con más fuerza que en el período anterior.

¹ João Baptista, curso de patología. Braga, 1948.

Se trata de poesía litúrgica, que, tanto entre los griegos como entre los latinos, tuvo notables representantes, como Romanos, el Melodío y Venancio Fortunato. Este resplandor, sin embargo, duró poco y no encontró continuadores.

El declive, aunque generalizado, fue menos profundo en la Iglesia latina que en la Iglesia griega, en la que la vida teológica parecía extinguida durante mucho tiempo, por falta de reacción.

es cierto, se ha perdido mucho. No había más escuela, al menos, que pudiera compararse, incluso desde la distancia, con las antiguas escuelas de Alejandría, Antioquía, Cesarea; pero el bien dicho rayo de las ciencias y las letras no se ha extinguido del todo, porque la Iglesia católica, serena y activa, en medio de los escombros, logró salvar los elementos esenciales de la cultura antigua y hacer la difícil transición a la cultura de la Edad Media, que estaba compuesto por tres elementos importantes; el elemento romano, el elemento bárbaro y el elemento cristiano, subordinando y como fusionando los otros dos.

Boecio, Casiodoro, S. Isidoro de Sevilla y otros fueron los refundadores de estos elementos, que producirán una nueva sociedad, cultura y civilización. "Fueron los Padres, quienes transmitieron directamente a los nuevos pueblos el legado del pasado tanto como la Iglesia puede salvarlo y transmitirlo.

Cabe señalar que, durante la decadencia, la autoridad de los Padres, ya muy notable en el siglo IV, siguió creciendo considerablemente. La influencia de San Agustín, para el dogma, y la de San Gregorio Magno, para la moral, llenó la Edad Media.

Y es la tradición que se alegra y se expande de manera constante, cada vez más.

LOS PADRES DE GRIEGOS (oriente)

9.1.1 - S. Máximo, el confesor

S. Máximo nació en Constantinopla, alrededor del año 580, en una familia noble. Sus padres, cristianos y piadosos, lo destinaron a los estudios de esa época,

profanos y religiosos, a fin de adquirir la cultura necesaria para seguir alguna carrera, tal vez civil. Poseedor de buenas cualidades espirituales, siguió sus estudios con gran éxito. No memorizó estudios religiosos, poniéndose en contacto con los grandes maestros.

Los Padres del siglo IV y, especialmente, los Capadocios, S. Gregorio de Nacianzo y S. Gregorio de Nisa, y aún más modernos, como Leoncio de Bizancio, Anastasio de Antioquía y, sobre todo, el Pseudo-Areopagita proporcionó los vastos materiales de su cultura religiosa.

Máximo siguió una carrera civil primero. Asistió a la corte y fue secretario y consejero del emperador Heraclio. Ya era un hombre de unos 50 años, cuando decidió dejar la grandeza del mundo y entrar en el monasterio de Crisópolis, cerca de Constantinopla, pero al otro lado del Bósforo. Por sus conocimientos, su edad y su virtud, se convirtió en abad del monasterio.

En el año 653 fue arrestado en Roma por orden del emperador Constante II, y llevado, bajo arresto, a Constantinopla. Los monotelitas², apoyados por la política, habían decidido dominarlo o reprimirlo. Fue invitado a aceptar “el tipo”, el cual no aceptó, y esta negativa le valió el exilio en 665, con sus discípulos y amigos, Anastasio - el apocrisario - y Anastasio - el monje.

Como esta violencia no los venció, todos fueron condenados, a la flagelación y la amputación de la mano, para que no pudieran escribir, y de la lengua, para que no pudieran hablar ni dictar.

Una manera singular de silenciar a los oponentes. A todo esto, siguió un nuevo exilio al Cáucaso, país de los Lazos, en las playas del Mar Negro, donde murió S. Máximo, abrumado por el sufrimiento, el 13 de agosto del año 622. Es venerado como mártir.

² Admitía en Cristo dos naturalezas, la humana y la divina, y una única voluntad.

9.1.2 - Sus obras

Las obras de S. Máximo son innúmeras, pero pueden agruparse de la siguiente manera:

- a. Obras dogmáticas;
- b. Obras polémicas;
- c. Obras ascéticas;
- d. Ensayos históricos;
- e. Obras de exegesis;
- f. Homilías;
- g. Poesías.

9.1.3 - Critica

S. Máximo era conocido como el confesor, o el mártir y el teólogo, y bien merecía estos nombres por la gran penetración y sutileza de su espíritu. S. Máximo, es, antes que S. Juan Damasceno, el último gran teólogo de la iglesia griega. Guiándose, sobre todo, por la filosofía de Aristóteles, que conocía bien, adquirió un rigor de pensamiento y una precisión de términos, que en vano buscarán en los demás escritores de su tiempo. Leyó y meditó la Dionisio Pseudo Areopagita, que tomado por discípulo de S. Paulo y de quien era admirador.

Es Mejor teólogo que escritor, S. Máximo trata temas abstractos y de forma abstracta, en un estilo que, de ordinario, carece de naturalidad y sencillez, lo que dificulta la lectura de sus obras. Debido a la cantidad y profundidad de sus escritos sobre espiritualidad, es uno de los principales escritores místicos de Oriente.

9.1.3 - S. Juan Damasceno

S. Juan nació en Damasco, desconocemos la fecha exacta, cerca de finales del siglo VII, cuando la ciudad ya estaba en manos de los árabes, es de una familia profundamente cristiana, que gozaba de gran prestigio e importancia política. Se sabe que su padre, Sergio, tenía un corazón magnánimo.

Un día, habiendo encontrado cautivo a un monje, lo liberó y lo llevó a su casa. En otra ocasión, encontró a un huérfano abandonado, lo agarró y se ocupó de su educación como si fuera su hijo. Estos fueron los dos Cosme, el Viejo y el Joven, que se convirtieron en parte de su familia.

De esta manera, Sergio logró criar a su hijo en su propia casa. Cosme, el Viejo, era el maestro y Cosme, el Joven, era el discípulo de S. Juan y eran dignos el uno del otro, el maestro enseñando cuidadosamente, y los discípulos, aprovechándose de ello. La historia menciona y elogia los nombres de los tres.

Es de creer que, una vez finalizada su formación, que fue sólida y profunda, su padre aprovecharía sus magníficas cualidades y lo asignaría al ejercicio de algún cargo civil.

Su nombre pasa a la historia, después del año 726, con la publicación de su primera *Apología de las imágenes*, contra el edicto del emperador León Isaurico. Poco tiempo después, se hizo monje, en el monasterio de S. SabaS, cerca de Jerusalén y, como tenía una amplia formación, fue ordenado sacerdote antes del año 735. Fue un monje-sacerdote que amaba la perfección, dedicando su tiempo a la oración, al estudio y composición de sus numerosas obras. Ciertamente se desconoce la fecha de su muerte, que debe haber ocurrido antes del año 754.

9.1.4 - Sus obras

S. Juan Damasceno fue un gran escritor de su época, escribió sobre varios asuntos, las cuales pueden agruparse de la siguiente manera:

- a. Obras dogmáticas;
- b. Obras polémicas;
- c. Obras ascéticas;
- d. Ensayos históricos;
- e. Obras de exegesis;
- f. Homilías;
- g. Poesías.

9.1.5 - Critica

S. Juan Damasceno es el espíritu más grande de su tiempo. Filósofo, teólogo, orador, autor ascético y poeta, su vasta cultura le permitió tratar, con rara competencia, los más variados temas, pero, como ya hemos visto anteriormente, no escapó a la influencia de su época, que fue de marcado declive.

Supo, como pocos, aprovechar los elementos de la tradición, elegir a los maestros y resumir a los autores que le precedieron, pero le falta esa originalidad, que es característica de los períodos de floración.

Supo, como pocos, aprovechar los elementos de la tradición, elegir a los maestros y resumir a los autores que le precedieron, pero le faltó esa originalidad, que es característica de los períodos de floración.

Por el método con el que escribió sus obras y por la forma en que utilizó la filosofía en la exposición de la doctrina, en ocasiones se le ha comparado con S. Tomas y se le ha considerado un precursor de la escolástica, esto muestra la alta estima que le tenían.

Su tratado *Sobre la fe ortodoxa* quedó como la Summa teológica griega y revela, por sí solo, su talento como teólogo y sus cualidades como maestro, claro, metódico, preciso y firme.

Fue un orador elocuente, que se hizo escuchar en Jerusalén, en las grandes festividades, con aplausos generales. Sus homilías son ricas en doctrina. Por el Santo Padre León XIII fue declarado oficialmente doctor de la Santa Iglesia, en 1890

LOS PADRES LATINOS (occidente)

Los escritores occidentales, de los que nos ocupamos en este capítulo, a pesar de pertenecer a un período de decadencia visible y de muy desigual valor, cultivaron todos los géneros literarios, con mayor o menor alegría. África, Italia, Galia y España tuvieron escritores de algún mérito. La influencia del gran San Agustín continúa sintiéndose ampliamente, no solo en sus discípulos, sino también en aquellos que no lo siguen, e incluso a veces luchan contra su doctrina.

Boecio era un especulativo, a quien veneraba la Edad Media. La oratoria sagrada también tuvo buenos representantes. S. Cesario, de Arles nos dejó homilías con un lenguaje elevado. S. Gregorio Magno es conocido principalmente por sus Homilías sobre los Evangelios.

9.2.1 - S. Gregorio Magno

S. Gregorio es natural de la ciudad de Roma, donde nació en el siglo VI, desconocemos la fecha exacta, pero probablemente en el año 540, de una familia rica y altamente categorizada, que durante mucho tiempo se creyó a sí mismo, pero sin pruebas suficientes, ser de la noble familia de los anícios.

Recibió la mejor educación de su época y luego se dedicó a la vida administrativa por la que sentía vocación. A los treinta era pretor. Estaba en el camino de los honores.

Sin embargo, Dios, que tenía la intención de aprovechar otras magníficas habilidades que le había otorgado, lo tocó con su gracia. Hacia el año 575, renunció a la grandeza y la riqueza mundanas; dejó los trabajos públicos, vendió gran parte de sus bienes y, con el producto de la venta, fundó siete monasterios, uno de los cuales en el monte Celio de Roma, donde él mismo se hizo monje. La fundación de monasterios fue, a estas alturas del siglo VI, una de las obras consideradas más merecedoras, porque los monasterios eran admirables escuelas de apóstoles, sabios y santos.

Su estancia en el monasterio del monte Celio no fue de larga duración. Su actividad tuvo que desarrollarse en otro campo más amplio y difícil. El Papa Benedicto I fue allí a recogerlo, para hacerlo diácono regional de Roma, y su sucesor Pelagio II lo envió a la corte de Constantinopla como su nuncio, o apocrisario, como se decía entonces, con el emperador Tiberio Constantino. Su retraso en Constantinopla fue de unos seis o siete años.

Después de terminar su misión, en los años 584 o 585, regresó a Roma y retomó las austeridades de la vida ascética en la paz de su convento. El 7 de febrero del año 590 murió el Papa Pelagio II y nadie parece más apto para sucederle que el monje Gregorio. El senado, el clero y el pueblo lo eligieron por unanimidad. Solo que

él no estuvo de acuerdo. Se opuso a la obstinada resistencia a la aceptación de un cargo tan alto como espinoso, pero, después de todo, tenía que aceptarlo. Fue la voluntad de Dios S. Gregorio tenía entonces 50 años.

Nunca ha habido una elección mejor. Su pontificado duró 14 años, todos los cuales se dedicó íntegramente a promover el bien de la Santa Iglesia. No hubo daño que no pretendiera remediar, ni que no pretendiera promover, dentro de las seguras líneas de la admirable moderación. Murió el 12 de marzo del año 604.

9.2.2 - Obras

S. Gregorio escribió sobre varios asuntos, sus obras pueden agruparse de la siguiente manera:

- a. Comentarios y homilías;
- b. Escritos ascéticos;
- c. Cartas;
- d. Composiciones litúrgicas.

9.2.3 - Criticas

San Gregorio merecía admirablemente el nombre de Magno, con el que la posteridad lo distinguió. Es una figura de renombre universal. Él y S. León, son los grandes papas de la antigüedad, pero, para aquilatar bien su valor, es necesario considerar, por separado, al hombre de gobierno, cuyo saber pertenece más a la Historia de la Iglesia y al escritor que es el más Intereses Patología. Como hombre de gobierno, S. Gregorio alcanzó lo más alto del genio. Ningún otro Papa lo ha igualado excepto quizás San León, de espíritu romano, perfectamente equilibrado y muy culto, siempre supo evitar todas las exageraciones en el tiempo y evitar todas las precipitaciones que conducen a los fracasos de los gobernantes. Fuerte, sin temeridad y prudente, sin cobardía, siempre descubrió a tiempo, la fuerza y la debilidad de un problema y encontró las soluciones más correctas.

Nadie apreció y midió mejor la autoridad de la Iglesia, ni supo utilizarla con criterios más elevados. Gran conoedor de su época y de los hombres con los que

trataba, que eran tantos y tan diversos, por su cultura, su civilización e incluso sus creencias, supo tratar a todos según las circunstancias requeridas, mostrándose siempre como La Providencia pretendía tratar con los bárbaros y guiar y apoyar a la Edad Media. Su amor por las almas fue incomparable y su dedicación a la Iglesia fue completa. Su vida más perfecta fue la de un santo, a quien la Iglesia canonizó.

Pero ya no podemos decir tanto sobre el escritor. S. Gregorio, por su carácter y orientación, fue uno de los escritores de la Edad Media. Los temas que trató y su manera de decir casaron, admirablemente, con las aspiraciones, con el espíritu de fe y con el gusto de aquellos tiempos sencillos y creyentes, pero, desde el punto de vista literario, no va más allá de la mediocridad. Cayré³ dice que su mérito literario es mucho menor. Presenta todos los defectos de la época. Nunca le importaron los clásicos. No los apreciaba ni los imitaba, ni era el momento para eso. Es un escritor decadente, cuyo estilo sencillo pero serio, tan en armonía con su carácter, traduce su pensamiento, con fuerza y claridad, logrando atraer lectores.

Por su doctrina y escritos, fue uno de los grandes guías de la Edad Media. Fue por la moral lo que San Agustín fue por el dogma.

S. Gregorio no se contentó con ser un modelo completo de pastores. También quería ser maestro porque entendí que es imposible ser un buen pastor sin ser un buen maestro. Y fue y trató de guiar a otros para que también lo fueran. A través de su cuidado pastoral, hizo un inmenso bien a los sacerdotes y pastores de almas y a través de los diálogos proporcionó un sólido alimento para la piedad cristiana. S. Gregorio es uno de los grandes doctores de la Iglesia, aunque nunca fue un especulativo en teología. Fue un moralista y un psicólogo admirable.

9.2.4 - S. Isidoro de Sevilla

S. Isidoro es una gran figura de la España católica, en la Alta Edad Media. Fue durante 40 años, la luz más brillante de la España visigoda, limpiando la península de los restos del arrianismo y ayudando a fundar escuelas en todas partes. Se le considera con razón el reformador de los estudios en toda España. Dicen que su libro *Etimologías* es el resumen de las lecciones que impartió a sus alumnos en la escuela

³ Cayré, Patrología. Pag 205.

de Sevilla. Si es así, está bien probado que no se contentó con enseñar las artes liberales, contenidas en trívium y quadrivium, sino que buscó una enseñanza más extensa.

A pesar de ser uno de los hombres más notables de su época, faltan datos históricos para que su biografía sea completa y certera y, por ello, los autores intentan obtener nuevos detalles, incluso a costa de supuestos más o menos creíbles. Parece haber nacido en la ciudad española de Sevilla, en el año 560, segunda mitad del siglo culo VI, de una familia distinta y profundamente cristiana.

Huérfano de padre, poco después de nacer, encontró en el entorno familiar y en el cuidado de sus hermanos S. Leandro y Florentina todo lo necesario para su formación cristiana. En un momento de sus estudios abrazó la vida monástica, en la que se distinguió por sus conocimientos y piedad. Hacia el año 600 fallece su hermano S. Leandro, arzobispo de Sevilla, dejando la fama de gran político, gran obispo y santo. Santo Isidoro fue elegido para sucederlo. Tenía entonces unos 40 años.

La elección no podría ser más acertada. Su pontificado duró 36 años, durante los cuales S. Isidoro se distinguió tanto entre sus contemporáneos, que fue considerado uno de los hombres más valiosos y distinguidos de España.

9.2.5 - Obras

El ultimo padre de Occidente, S. Isidoro, fue uno de los grandes padres de latino de la época final de la literatura patristica, sus obras pueden agruparse de la siguiente manera:

- a. Obras enciclopédicas;
- b. Históricas;
- c. Exegéticas;
- d. Teológicas;
- e. Litúrgicas.

9.2.6 - Critica

S. Isidoro no fue un pensador profundo, un teólogo consumado o un consejero original, incluso deduciendo del examen de sus variadas y numerosas obras, fue mucho más amplio que profundo. Con toda su vasta cultura, S. Isidoro es uno de los escritores más característicos de la decadencia, tanto por el rasgo especial de su espíritu, carente de originalidad, (1° característica de la decadencia), como por su amor por la cultura superficial con prejuicio a especulación (2° característica), así como por su estilo claro pero incorrecto, y por su lenguaje lleno de barbaridades (3° característica).

Incluso parece que el latín, bajo su pluma, comienza, si no ya, su fusión con las lenguas bárbaras, lo que dio lugar a las lenguas neolatinas de Europa. Conociendo admirablemente su tiempo, buscó salvar de la ruina producida por las luchas de los bárbaros, los tesoros de la sabiduría ancestral y, quizás sin darse cuenta, hizo el tránsito del saber antiguo al saber de la Edad Media, transmitiendo al mundo bárbaro las riquezas de Cultura y civilización cristiana latina. Y en verdad se dice que, con Casiodoro, Boecio y S. Gregorio, S. Isidoro fue el gran mentor y educador de la Edad Media. Cayré⁴ afirma que "S. Isidoro era el hombre providencial, que se adaptaba a su época y a los siglos siguientes". Y muy bien observado. La época de S. Isidoro no careció de grandes especulaciones. Los visigodos, entonces señores de España no estaban preparados para ellos. Lo que les faltó fueron hombres educados, dotados de ese sentido práctico, que siempre se manifiesta en los importantísimos concilios toledanos, donde lanzaron, discutieron y aprobaron las fundaciones de los estados católicos de España en la Edad Media, resultado de la fusión del triple elemento, Latina, cristiana y bárbara. Pocos escritores habrán sido más apreciados y producido mayores bienes.

⁴ Cayré, Patrología. Pag 245.